

PRECIO: 5 CENTS.

Aparace los Sábados

edacción y Administración
CUAREIM, 1321
Teléf. La Uruguaya 2428 Colonia

Suscripción mensual: 0.20 centésimos

ARGENTINA:

Número suelto: 10 centavos
Giros, a CANZIO COLTORTI

Trabajo

PERIODICO SINDICALISTA — LIBERTARIO
(Adherido a la A. A. I.)

Sindicalismo libertario

Desde que un productor pudo concertar con otro productor un plan de defensa contra sus usufructuadores, se produjo el movimiento de liberación del trabajo que conocemos por sindicalismo. Las evoluciones que este ha sufrido nos lo han dado a nosotros expurgado de todas las impurezas e influencias reaccionarias y no es tarea fácil mantenerlo en la orientación realmente revolucionaria en que se halla en aquellos órganos que en distintos países, acaba de pasar por una de tantas crisis a que todo movimiento social está sujeto.

La clase productora, gestadora del sindicalismo, no siempre lo comprende y aquilata en su justo valor y situación, y de ahí los tropiezos y dolorosas desviaciones sufridas por éste, en esos momentos en que los acontecimientos precipitados, imprevistos y apremiantes exigen pronunciamientos rápidos, categóricos, decisivos. Cuando tal ocurre, los hechos hablan, los hombres no callan, y las interpretaciones son justas por excepción.

Se explica que así suceda. La capacidad media de nuestra clase no es aun, ni con mucho, la que se requiere para interpretar con exactitud en tales circunstancias. En esas condiciones marca derroteros la voz de los audaces y de los inextruculosos. Pero el desenvolvimiento histórico tiene sus alternativas como todo movimiento; y allí donde su celeridad decrece como dando una tregua a las fuerzas revolucionarias, levantamos la cabeza y tratamos de orientarnos. En esa situación estamos hoy los trabajadores sindicalistas revolucionarios del mundo.

Revisemos, pues, nuestros valores y nuestros principios.

Seguimos en la convicción reforzada por una experiencia más, de que nuestro valor positivo, de

avance real, nuestra verdad de futuro, reside en nuestra fé revolucionaria. El sindicalismo solo triunfará dando a nuestra clase la emancipación del capital-estado, y echando las bases de una sociedad libertaria, si se encamina a la revolución.

Pero el problema no está ahí, sino en saber cual es el modo de orientarlo hacia la revolución.

Todos son en nuestra época, no solo sindicalistas en nuestra clase, sino revolucionarios también, aun fuera de ella. Es el peligro de las modas. La revolución triunfa de antemano con este éxito que es una fé de crédito. Todo aquello que no huele a revolucionario, está desacreditado, quiebra. Por eso los pescadores de río revuelto ostentan la etiqueta más pomposamente revolucionaria. ¿Pero cual es para nosotros el sentido de la revolución y cual su ley? Contestar esta pregunta es poner la proa del sindicalismo a la revolución con certeza.

La revolución, producto del descontento popular, tiene un sentido libertario. Su ley radica en el propio sentimiento de libertad que anima al hombre y, descontento de tal o cual condición, le impulsa a revelarse contra el yugo que le ata a ella.

Toda dilación que se le haga sufrir en el rendimiento de los frutos de libertad que le son propios, son desprendimientos, manifestaciones de la fuerza de reacción que conducen el aborto autoritario de la misma. Nuestro sindicalismo, pues, va hacia la revolución, es revolucionario. Pero no hacia la revolución morigerada, condicionada, limitada, esa revolución que aborta con el poder político en manos de determinados partidos o corporación sino hacia la revolución amplia, libertaria; la revolución social propiamente dicha. Esta orientación dá su nombre al sindicalismo: Libertario.

—¿Y cuál es el resultado?
—El de obtener con mayor rapidez más solidaridad. Por esto, si cada especialidad que concurre a completar es considerada como unidad de actividad, necesita su cerebro, su núcleo directriz, de lo que resulta una cantidad de estos núcleos que dificultan el entendimiento entre sí, haciendo lento el movimiento del conjunto por el exceso de articulaciones del organismo. Considerando la especialidad como parte de unidad en la actividad combativa de nuestra clase, y unidad en el conjunto de estas especialidades que realiza una función completa (la de proporcionar vivienda, la de alimentar, la de vestir, la de transformar, etc.), estos núcleos directrices se reducen en número de tal manera, que el movimiento, de acuerdo con esa ley de la mecánica que nos enseña cómo a mayor simplificación en el mecanismo corresponde mayor agilidad y, por ende, rapidez, es más rápido, si que también más energético y homogéneo.

—Comprendo, pero me asalta una duda.

—De ese modo no recaerá más facultades y poderes sobre menor cantidad de compañeros y será, por lo tanto, más peligroso ese sistema?

—De ninguna manera. No es basada en la autoridad ni en facultades más o menos inconcultas como se ha de planear esta organización, sino en el libre acuerdo y la solidaridad, siempre voluntariamente practicada, pues hemos de convenir en que, como ha dicho alguna, "solidaridad obligada no merece tal nombre".

—Tienes razón. Por lo demás, estoy convencido de que el caudillismo y la coacción en una organización ha de estar en proporción de la inconciencia de sus componentes.

—Dices muy bien, amigo Antonio. El caudillismo en una organización da medida de la estulticia de su conjunto. A nosotros, eso sólo nos puede decir que hay que combatirlos atacando sus causas; esto es, disipando la ignorancia de los trabajadores, difundiendo pródigamente entre ellos las ideas emancipadoras, educándonos y educando en el sentido de adquirir conciencia de nuestro rol, como soldados de trabajo.

Sin Gramática.

Los divisionistas y el sentido común

Lo menos que se le puede exigir a un hombre es un adarme de sentido común. Todo aquel que no es idiota o demente lo posee y cuando no lo aplica y ajusta sus actos a su resultado, podemos presumir que es un simulador.

Decimos esto porque tenemos una cuestión que ventilar en el campo sindical en la que no se quiere emplear el buen sentido y esto es causa de inusitados desbordamientos de palabras habladas y escritas y un cúmulo de desaciertos que consumen una gran parte de energías. Esa cuestión es la división proletaria.

¿No estaban la inmensa mayoría de las organizaciones obreras de la región adheridas a la F. O. R. U.?

A las contadísimas organizaciones que estaban al margen de nuestra entidad madre se les vedaba el ingreso a ella! No. Puede, pues, decirse que existía cuando tal acontecía, la división en el seno del proletariado? No. De lo que se deduce claramente que la división existe desde que determinadas organizaciones se retiraron de la F. O. R. U. ¿A quien, pues, hay que responsabilizar de la división actual? La lógica dice que a los desertores.

¿Por qué, pues, darle vueltas al asunto y entrollar la madeja presentándose como no divisionistas los que después de llevar a cabo la división la mantienen hasta hoy negándose a reconocer el error, el único y grandísimo error que cometieron lo cometieron al retirarse del seno de nuestra madre F. O. R. U. Es que simulan querer la unificación obrera para mejor mantener la división en nuestro seno; porque sino el sentido común utilizado y sin auxilio de otras facultades les llevaría a reconocer el desacierto que se explica pueda tenerse en un momento de ofuscación, pero de ninguna manera que no sea la apuntada, en contumacia.

La observación detenida de las actividades de estos elementos robustece nuestros asertos. Véase por ejemplo este hecho: Saben los elementos divisionistas que los adheridos a la F. O. R. U. han aprobado una especie de disciplina sindical que tiende a impedir que el obrar por cuenta propia, sin previa consulta con los demás participantes en asuntos externos, crea entre nosotros discordias. No obstante estar al tanto de esto los divisionistas, invitan a todas las organizaciones a enviar delegado a cierta asamblea convocada por ellos. ¿Y cómo lo hacen? Pues pasándole una circular a cada gremio. Resultado que se puede obtener de semejante procedimiento: que si un sindicato puede mantenerse firme con el pacto con los restantes que componen la F. O. R. U., otro puede, desorientado, olvidar dicha resolución o hacer caso omiso de ella, e ir a dicha asamblea. La consecuencia se recoge en seguida; es la de que si hasta el momento que se tomó la resolución aludida en la F. O. R. U. existió la unidad entre las instituciones que la integran, deja de existir en cuanto uno de ellas por atender a estos elementos e impulsados por un instable criterio sindical, lo desconoce u olvida.

¿Es este un método sensato de unificar las fuerzas sindicales?

Vamos, amigos; dejamos de aparatosidades y simulacros.

Ya no más juegos de arteria. A revolución con títulos auténticos. Séis la unidad y abandonad los comités de división con títulos auténticos.

Boycott a «El Día». Cervecería Montevideana, taxímetros Saturno y sombreros de La Montevideana marca «Nutria» y «Castor».

Un diálogo breve sobre sindicato único o de industria

—Ya que esta noche tenemos tiempo; si no tienes mucho que hacer y quieres, me puedes poner un poco al corriente del carácter y funciones del Sindicato Único, amigo Horacio, ¿eh?

—Con mucho gusto. Lo poco que en este asunto he discernido yo, voy a tratar en seguida de explicártelo.

—Advertiéndote, que trates, además, de expresarte como que te entienda un analfabeto, como casi, sabes que soy yo.

—Semi analfabeto y todo, amigo Antonio, tienes buen sentido y a poco que yo me esfuerce en suprimir de mi lenguaje las palabras poco normales, conseguiremos que

entiendas de pé a pé cuanto diga.
—Al grano, pues. Soy todo oídos.
—Ya sabemos que sindicato hoy es una asociación.

Puede serlo de trabajadores más o menos útiles y más o menos conscientes de sus intereses. Por lo general estas asociaciones o sindicatos lo han sido hasta hoy de oficio y así la palabra gremio tiene una acepción restringida.

En cuanto al llamado Sindicato Único, es, con más propiedad, de Industria

—Comprendo.

—He aquí cómo funciona. Tomemos un ejemplo. Un hombre no es otra cosa que un conjunto de órganos dentro de una reunión de estos conjuntos, que constituye el organismo social. Sabida es la estrecha y perfecta relación que une a todos los órganos de un conjunto entre sí, y a unos

